

Comentarios de la Lección

IV Trimestre de 2009

Un pueblo en marcha: El libro de Números

Lección 12

19 de Diciembre de 2009

La segunda generación: Amonestaciones

Prof. Sikberto Renaldo Marks

Versículo para Memorizar: *“Oye, Israel: Jehová, nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas”* (Deuteronomio 6:4, 5).

Introducción

Allí estaban, de vuelta al punto en el que habían estado cuatro décadas atrás. Toda la generación de hombres mayores de veinte años que habían salido de Egipto, excepto Moisés, Aarón, Josué y Caleb, habían muerto. Y Moisés y Aarón también morirían sin entrar en la Tierra Prometida. No porque fueron rebeldes, sino que —siendo líderes— habían cometido errores delante del pueblo. De modo que, de todos los hombres que habían salido de Egipto, en rigor de verdad únicamente dos hombres entrarían en Canaán. Habían sido más de 600.000, y de ellos sólo dos entraron. Eso nos da un porcentaje de 0.000033 %. Ciertamente el porcentaje de los vivos que se salvarán será mayor, porque de no ser así, apenas llegarían al cielo unas 21.000 personas de las que estuvieran vivas cuando la historia de este mundo se acabe. Nos queda pensar en las únicas ocho personas que se salvaron en tiempos del Diluvio. Siempre debemos tener en mente que un porcentaje en un hecho no sirve directamente como un parámetro para otros hechos, pero que sirve de llamado de alerta, ¡eso sí!

Entonces, ¿será difícil salvarse? No, ¡es muy fácil! Que lo digan el ladrón en la cruz, la prostituta a la cual Jesús le dijo “Vete, y no peques más”. Estas personas se salvaron simplemente por el hecho de entregarse plenamente, ciento por ciento, a Jesús, y eso es muy fácil de hacer. El peor criminal de este mundo puede salvarse. Pero, prestemos atención, si no deseamos entregarnos totalmente, si sólo nos entregamos, digamos, en un 99 %, estaremos —evidentemente— un 100 % perdidos. Y esto sucederá con la mayoría de los cristianos que se perderán... será por detalles, se quedarán en la orilla (del lado de Satanás).

La división de la tierra

Dios ordenó que se hiciera un segundo censo. En el primero, hacía ya cuatro décadas, se contaron 603.550 hombres mayores de veinte años. Ahora se contaron unos 601.730. Prácticamente la misma cantidad. Aquello que Dios había dicho, se había cumplido. Habían tenido que aguardar hasta que toda aquella generación de rebeldes, que tenían su pensamiento volcado a Egipto, muriera en el desierto, y fuera sustituida enteramente por otra generación, a excepción de Josué y Caleb. El censo probó que Dios había ter-

minado la tarea, ahora estaban aquellos de los que los demás habían dicho: “Nuestros hijos morirán en este desierto”. Los que habían sobrevivido y no murieron en el desierto, estaban listos para heredar la tierra prometida, pero sus padres, los que habían dicho aquello, se quedaron en el desierto.

El censo que ahora se hacía era para hacer que la tierra fuera repartida conforme a la cantidad de personas de cada tribu. La división debía ser proporcional a esa cantidad. Era una cuestión de justicia, pues Dios hace todo con exactos criterios de justicia.

Entonces surgieron algunas demandas, que le fueron presentadas a Moisés. Una de ellas fue el caso de las hijas de Zelofehad. Este hombre sólo había tenido hijas, y había muerto en el desierto, pero por causas no relacionadas a la rebelión en ocasión de la primera vez de llegar ante la tierra prometida. La tierra estaba relacionada con la familia, era donde se establecería el patriarcado para estar entre los hijos de Israel. Las herencias siempre eran entregadas a los hijos varones, no a las mujeres, ya que la costumbre era que las mujeres heredaran el nombre del hombre con el que se casaban. Así, en este caso, al no haber heredad para esta familia, el nombre del padre de aquellas muchachas sería borrado del pueblo de Israel. Dios entendió la demanda de ellas, y definió un criterio para estos casos. Estas jóvenes fueron las primeras en formular tal pedido, pero seguramente habría cientos de casos semejantes.

Dios definió una regla para los casos de herencia que estuvieran en situaciones análogas. Esta regla valdría no sólo para la herencia a recibir en esa instancia, sino también para el futuro, cuando los bienes de los padres fallecidos debieran ser pasados a otros. ¿Cómo se haría eso? El criterio adoptado para estos casos quedó así definido: en primera instancia la heredad pasaría al hijo varón primogénito (pues la tierra no podía dividirse, pues de ser así se volvería cada vez más pequeña y económicamente inútil). Si no lo tuviera, iría a la hija mujer, y si no había, al hermano del fallecido. De no cumplirse con esto último, sería para el hermano del padre del fallecido y si no existía, al pariente más cercano.

Todo debía hacerse con criterio, y eso debía formar parte de la mentalidad de los israelitas: los criterios de justicia de esta nación eran diferentes de los de las demás.

El sucesor

Cuando llegó el momento de entrar en la tierra prometida, Moisés se preocupó con ello al saber que no entraría allí, debía morir antes de que el pueblo entrara en Canaán. El gran líder quedó muy preocupado, no por él, sino por el pueblo. Y le dijo a Dios: “Pon un hombre sobre la congregación”. El quería que quedara determinado un líder para el pueblo, y que fuera el que Dios escogiera. El, con una actitud humilde, no sugirió nombres. Podría haber intercedido para que alguno de sus hijos fuera el nuevo líder, pero no lo hizo. Eso fue una demostración de quién era Moisés, y qué clase de carácter poseía. Humildemente, amaba a aquél pueblo por el que ya había intercedido para que Dios no lo eliminara e hiciera otro pueblo de la descendencia de Moisés. El le había dicho a Dios en una anterior ocasión para que lo matara a él en lugar de al pueblo al que amaba. Ahora, cuando llegó la hora para Moisés, demostró que todo eso había sido verdad, y no una puesta en escena. Moisés era un siervo de Dios auténtico, un hombre fiel.

Y Dios escogió a quien todo el tiempo había sido el brazo derecho de Moisés: Josué. Y delante de todo el pueblo Dios condujo una ceremonia de transferencia de mando. Eso

significaba que, así como Dios había escogido a Moisés, también escogía a Josué, y como sucesor era investido de la misma autoridad. El pueblo debía obedecer a Josué así como había obedecido a Moisés, excepto aquellos momentos de rebeldía.

Dios es quien escoge las autoridades, pero éstas, como Moisés, deben ser dignas de haber recibido tal distinción y responsabilidad. Si no actúan de ese modo, Dios las depondría, tal como lo hizo con Saúl y otros reyes, incluso como lo había hecho con Moisés, castigado por una falta pública.

Reafirmación del sistema de sacrificios

Cuando Adán y Eva pecaron, en ese mismo día participaron del sacrificio de un cordero simbolizando la muerte de Jesús por ellos. Hubo derramamiento de sangre como un símbolo educativo de la sangre de Jesús, para que aprendieran cuánto iba a costar aquella desobediencia. Desde entonces, se ofrecieron sacrificios hasta la época de Noé, y éste continuó con el ritual después del Diluvio. Abrahán también ofrecía sacrificios, y sus hijos lo siguieron. Este ceremonial no fue interrumpido desde aquél que había sido ofrecido en primer lugar entre Dios, Adán y Eva.

Al salir de Egipto, Dios convirtió a esa ceremonia en un ritual más completo en cuanto a su significado. El sistema pasó a servir como un fuerte instrumento para hacer que el pueblo entendiera la desgracia que significa el pecado y con respecto a sus consecuencias, o sea, la muerte.

Después que toda la generación que había salido de Egipto muriera, sus hijos, los que tenían menos de veinte años cuando Dios conformó ese ritual más completo, no tenían una buena comprensión de lo que significaba. Seguramente sus padres, siempre rebeldes, no habían cumplido con el mandato de enseñar el significado de todos aquellos sacrificios. Hoy, en pleno siglo XXI eso tampoco se hace con la profundidad necesaria. ¿Cuántos hijos de padres adventistas son enseñados en las doctrinas de la iglesia? Pocos, en rigor de verdad.

Cuando estuvieron listos para entrar en la tierra prometida, Dios decidió reafirmar el sistema de sacrificios, pues se corría el riesgo de que, después de establecerse, cada uno en su extensión de tierra, separados unos de otros, descuidaran los ritos, y perdieran su identidad espiritual. Eso, desde luego, ocurrió en varias oportunidades, aún después de la reafirmación. Imagina lo que hubiera pasado sin ella...

El centro de todo el ritual de los sacrificios era la muerte de Cristo en la cruz. Vendría a esta tierra a morir por los pecados de toda la humanidad, para salvarla, en caso de que lo desearan, entregándose a Él.

Sirve esto de ejemplo a nosotros para que reconfirmemos todo lo que sabemos. Es siempre algo bueno una recapitulación, pues así estaremos profundizando conocimientos, así como fortaleciendo la fe, pues ella proviene del conocimiento que viene de Dios. En estos últimos días, y realmente estamos muy cerca del fin, es crucial para nosotros que reveamos nuestro conocimientos acerca de la verdad, y especialmente que examinemos nuestra vida para ver si estamos poniendo en práctica aquello que hemos aprendido.

Mantener la palabra

Los israelitas frecuentemente hacían votos. Ellos muchas veces se sentían impulsados a prometerle algo a Dios. Querían cambiar algo en sus vidas, entonces le prometían algo a Dios. Pero había (hay) un “pero”. Siempre es más fácil prometer que cumplir. A veces el voto requería bastante tiempo para su cumplimiento efectivo; en otras oportunidades requería una intensa dedicación; en otras, alguna abstención. También había votos que involucraban a otras personas, y ahí el cumplimiento se volvía bastante complicado.

Un ejemplo de voto era el nazareato. Este era el caso de un israelita que se consagraba o dedicaba a Dios durante algún tiempo. El, o ella, dejaban de cortarse el cabello, no tomaban vino ni algún alimento hecho de uva. Si el voto abarcaba un tiempo más largo, se hacía difícil su cumplimiento. Y había casos en que el voto abarcaba toda la vida, como fue el caso de Sansón.

Cuando alguien hace un voto a Dios, no es como si dijéramos: “Lo cumpliré si se da la oportunidad”. La relación con Dios requiere fundamentalmente fidelidad. No podemos tratar a Dios como si Él fuera alguien imperfecto, que no le importa demasiado la falta de cuidado de nuestra parte. Dios es un Dios celoso. El es fiel en todo lo que promete, y quiere enseñarnos a que nosotros también lo seamos. Hacer un voto es algo muy solemne, y debíamos pensar muy bien antes de confirmar nuestro voto. A través de él estaremos desarrollando una relación de mayor intimidad con Dios, y ligándonos a Él con mayor fidelidad.

Hoy existen muchas maneras de involucrarnos en situaciones relacionadas con los votos. Por ejemplo, cuando en un culto hay un llamado, el orador le pide a las personas a que se levanten para consagrarse más a Dios. Eso es una situación de voto, pues la persona le está prometiendo algo a Dios. Generalmente, en tal ocasión, todos se levantan por un impulso, a veces sin pensar demasiado en lo que se está haciendo. Cuando se sientan, todo continúa como era hasta entonces. Eso es jugar con Dios, y hasta no tomarlo demasiado en serio. Aún más, en muchas oportunidades ni al mismo orador le importa demasiado lo que está haciendo. Muchos oradores quieren ver a todos de pie, y eso estaría bueno, pero no lo es en la medida en que las personas se levanten por un impulso. Siempre se debería dejar que las personas que lo hagan, lo hagan por un anhelo íntimo, si se está dispuesto a cumplir con lo prometido. En caso contrario, con el transcurso del tiempo, la gente se acostumbra a levantarse en cada llamado y hacer de ese acto una mera rutina para no quedar en una situación bochornosa en caso de permanecer sentado.

Otra situación relacionada con los votos es el prometer concretar la reforma en la salud, o la reforma del sábado. Pero pasado el tiempo nada cambia. Esto es grave, pues generamos el hábito de no tomar en serio aquello que le prometemos a Dios. Y si tal cosa se convierte en un hábito, pasa a controlar la mente, y la persona se vuelve incapaz de cumplir lo que ha prometido. Eso tiene cura, pero sólo a través de una lucha con Dios, para que pueda superarse.

No debemos jugar con Dios o con las cosas de Dios. Si alguien está en tal situación, no es un caso definitivamente perdido, si se cambia de actitud. Pero, no hagas otro voto de cambiar de actitud, sólo para tener un voto más en la colección de los no cumplidos. ¿Qué se puede hacer en ese caso? Luchar con Dios para superar esta deficiencia. Es decir, mucha oración diaria, manteniendo firme el deseo de cambiar. Si la persona lo

desea, y al mismo tiempo pide fuerzas a Dios para lograr cambiar, será victoriosa. Pero la victoria nunca se alcanzará sin mucha oración.

En la frontera

Los israelitas de la nueva generación estaban ansiosos de poseer la tierra de Canaán. Muchos de ellos habían nacido en el desierto, otros estaban en la adolescencia al salir de Egipto. Deseaban saber lo que significaba poseer una patria, un hogar, y trabajar allí con su familia, educar a los hijos y vivir en paz. Los cuarenta años que habían pasado en el desierto habían sido demasiado largos, y estar ante la patria tan anhelada era algo de veras emocionante. Miraban hacia la tierra soñada con emoción y llenos de anhelos.

Así sucede con nosotros. Estamos a las puertas de entrar en las moradas que Jesús fue a preparar, ya están listas, sólo aguardando a que sean recibidas por nosotros. Estamos muy cerca de recibir las cosas que todos deseamos con ansias, cosas tales como un cuerpo perfecto, una mente transformada, ya no más viciada en malos pensamientos (contra los cuales hoy es tiempo de luchar y de superar con la asistencia del poder divino), capaz de obtener conocimientos y de no olvidar nada, capaz de entender las cosas más complejas con facilidad. Allí no tendremos que luchar, con el sudor en la frente, para obtener el sustento y para pagar tantas cosas que aquí en la tierra se nos cobra y que tienen que ser pagadas. Allí no tendremos una agenda de compromisos que nos esté marcando el paso. Haremos lo que tengamos deseos de hacer y todos nuestros deseos serán santificados, o sea, orientados según la Ley de Dios. Allí nuestra vida será plena, con el placer de vivir en felicidad eterna. Por nada del mundo vale la pena perder la vida eterna.

Dos tribus se acercaron hasta Moisés para pedir una porción de tierra del otro lado del Jordán. Habían visto la tierra, y notaron que era excelente para la cría de ganado, y esas dos tribus poseían mucho ganado. Pero Moisés estaba acostumbrado a ser importunado por las murmuraciones, pues eso era lo que los israelitas hacían siempre, y llegó a pensar que esa podría ser otra actitud más de rebeldía. Pensó lo que era obvio, que ellos querían escapar de la obligación de luchar con sus hermanos por la posesión de la tierra. Al fin de cuentas, para esas dos tribus, aquellas ciudades ya estaban conquistadas, la tierra ya se había vaciado de sus antiguos ocupantes, y era buena. Si los temores de Moisés se confirmaban, la situación sería parecida a la de cuarenta años atrás, cuando por cobardía, tuvieron miedo de luchar para apoderarse de la tierra, y por esta razón fueron obligados a retornar al desierto. Y ahora, que estaban listos para entrar por segunda vez en la tierra prometida, otra vez aparecían dos tribus aparentemente cobardes queriendo escapar de la batalla.

Pero Moisés, aún actuando prudentemente y con previsión, estaba equivocado. Las dos tribus habían entendido la postura y la preocupación de su líder y allí surgió algo que antes no había pasado. Dialogaron con Moisés. Anteriormente, cuando muchos venían con demandas a Moisés, era a través de quejas, pero esta vez hablaron educadamente. Las cosas, felizmente, estaban cambiando. Así nosotros tenemos que cambiar en estos últimos días, educándonos para ser ciudadanos del Reino Eterno, donde todos seremos personas con caracteres pulidos y educados conforma la Ley de Dios.

Los líderes de las dos tribus explicaron en buenos términos que esa no era su intención. Se establecerían en la tierra, y luego tomarían las armas y lucharían al lado de sus hermanos hasta que toda la tierra fuera conquistada. Eso a Moisés le gustó, pero –todavía

desconfiado— les advirtió que si no cumplían con lo prometido, su pecado los alcanzaría. Estaba diciendo que si ellos no luchaban junto a las demás tribus conforme lo estaban prometiendo, muy probablemente retornarían al desierto, o por lo menos perderían aquella tierra que ya estaban ocupando. Pero los líderes confirmaron que estaban en la lucha, y serían obedientes cumpliendo fielmente la palabra empeñada.

Este hecho tiene una importante lección para nosotros. Estamos a las puertas de la venida de Cristo. Nosotros, pueblo de Dios, ya estamos viendo, con los ojos de la fe, la llegada de Jesús. Pero eso no significa que podemos dejar de luchar. Otros todavía no tienen ese conocimiento de este grandioso evento, y se perderán si nosotros no hacemos nada. Todavía es tiempo de luchar, y de dar el mensaje de advertencia al mundo entero, anunciando la Segunda Venida de Cristo, enseñando cómo hay que prepararse para ese día, y dando testimonio, a través de un ejemplo viviente, de esa preparación. Únicamente cuando Dios diga “Consumado es”, o sea, cuando la obra de la predicación se haya concluido, entonces podremos detenernos en nuestras actividades de predicación y todo lo que esté relacionado con ello.

Aplicación del estudio

La historia del pueblo de Israel es una referencia para nosotros de dos modos: cómo Dios se comporta, y cómo se comportan los seres humanos. Mirando hacia la raza humana, debemos preocuparnos, pues tenemos la tendencia de echar fuera de nosotros lo que tendríamos que retener, y quedarnos con lo que nos perjudica. Esto es evidente, pues tenemos una naturaleza favorable a esta clase de conducta. Por lo tanto, la historia de Israel es un llamado de alerta para que nos entreguemos a Dios todos los días. ¿Y por qué es tan importante la entrega diaria? Porque no somos confiables ni siquiera con nosotros mismos, y debido a nuestra manera de pensar, es muy grande el riesgo de errar el blanco y de perder la vida eterna por las naderías de este mundo. Eso sería desastroso. Sería una fatalidad que nos perdamos todo lo que Jesús ya ha preparado, sólo porque no hemos querido cambiar nuestra manera de pensar, y no quisimos dejar algunas pavadas atractivas de este mundo trastornado y traicionero.

Prof. Sikberto R. Marks



Traducción: Rolando D. Chuquimia
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©

RECURSOS ESCUELA SABÁTICA

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

www.elistas.net/lista/EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es>

Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática